

mil, os era imposible sostener un gran boato. ¡Repito que viviais con lujo!...

Michel.—Exento de la pasion del juego, y económico hasta del café y diversiones públicas, he podido vivir así de mis rentas, conservando el capital.

El señor Presidente.—¿Qué habeis hecho de la correspondencia que sosteniais con los agentes rusos?

Michel.—Juan Wustinger era el portador de las cartas; se me había mandado quemarlas en el momento, y éste no se retiraba de mi presencia hasta que las veía destruidas.

El señor Presidente.—Luego era criminal la correspondencia.

Michel.—Apenas se sabía la formacion de un cuerpo se dirigian á mí para saber el nombre de sus jefes y regimientos.

Concluido aquí el interrogatorio de Michel, comenzó el del segundo acusado Mosés, en esta forma:

El señor Presidente.—Mosés: dos veces al mes se hacia en la seccion de movimiento de las tropas un estado general de la situacion de todos los ejércitos, cuyo estado se llamaba *librito ó cartera*. ¿No érais vos el encargado de llevarlo á la encuadernacion y de volverlo al momento al jefe de la seccion?

Mosés.—Sí, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿No debiais estar presente durante la encuadernacion?

Mosés.—Sí, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿No os estaba absolutamente prohibido el enseñar á nadie el librito que se confiaba á vuestra fidelidad?

Mosés.—Sí, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿No llevábais un cuadernito en el que se anotaba la hora en que saliais de la oficina, la de vuestra llegada á casa del encuadernador y la en que saliais de casa de éste para volver á la oficina?

Mosés.—Sí, señor Presidente.

El señor Presidente.—Sin embargo, os dejásteis corromper, y le entregásteis á Michel el libro... Os suplico deis cuenta á los señores jurados de cuanto ha ocurrido sobre el particular.

Mosés.—Señor Presidente: cinco años, cuatro meses y trece dias hace que estoy en la seccion del movimiento; desde este tiempo estaba Michel en la

oficina, y aún permaneció conmigo año y medio. Dos y medio ó tres hace que salió de ella. Es cierto que dí esas noticias á Michel, pero se las daba por que me decía que le era absolutamente preciso averiguar el paradero de una persona que estaba en el ejército y saber si era viva ó muerta.

El señor Presidente.—¿Desde cuándo y cuántas veces proporcionásteis el libro ó cartera á Michel?

Mosés.—Hace un año, poco más ó menos, y segun recuerdo dos ó tres veces: hará como un año ó seis meses que me lo pidió Michel.

El señor Presidente.—¿Presenciábais lo que hacia Michel con el librito?

Mosés.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Qué tiempo le tenía en su poder?

Mosés.—Cerca de media hora ó tres cuartos; yo le instaba á que me lo diese al momento, porque podía comprometerme.

El señor Presidente.—¿No os daba Michel cada vez cinco ó seis francos?

Mosés.—Ultimamente me ofrecia escudos de seis francos, que valian ciento diez y seis sueldos, y algun tiempo antes escudos de á seis francos ó moneda de cien sueldos: le manifesté que no le entregaba el librito con objeto de que me recompensase, puesto que me lo pedia para sacar noticias relativas á una persona... Bien creo, le dije, que no me comprometeréis, pues por otra parte os interesa tanto como á mí. No veía tampoco un grave mal en recibir el dinero, y apesar de que me resistí á ello en un principio, consentí al fin.

El señor Presidente á Michel.—Michel, es esencial que los señores jurados sepan cómo declarásteis sobre este punto en 5 de Marzo de 1812.

«Mi primer medio, dijisteis, además de lo que podía saber personalmente como empleado en la seccion del movimiento, fué el de ganar al llamado Mirabeau, ordenanza de las oficinas y encargado de llevar á casa del encuadernador el librito de los estados generales de la situacion de las tropas, que se encuadernaba para el emperador; yo le obligué cuando llevaba este estado, á subir á mi casa, y en una hora extraía todas las noticias que se me podian pedir; este medio me sirvió con intervalos, cuatro ó cinco veces á lo más; Mi-

rabeau tal vez se acuerde de esto mejor que yo, que abandoné dicho medio por las precauciones tomadas en la oficina para el envío del librito que me impedian tenerlo á mi disposicion mucho tiempo.»

Michel.—Si consulté el librito fué porque se me pedia el nombre de algunos oficiales superiores; ya observé que hace ya mas de año y medio que el librito del ejército de Alemania no va á casa del encuadernador.

El señor Presidente.—Os recuerdo que hicisteis espontáneamente la declaracion que acabais de oír. ¿Qué teneis que responder á declaracion tan precisa?

Michel.—Mirabeau subía á mi casa, á la que fué tres ó cuatro veces.

El señor Presidente.—Engañásteis, pues, á Mirabeau, y conseguiais así el librito del que extraiais todos los artículos que necesitaban vuestros comitentes, segun resulta de la declaracion de Mirabeau.

Michel.—Cuatro ó cinco veces, y nada mas.

El señor Presidente.—Mosés: Cuando se observó vuestra lentitud ó tardanza en volver á la oficina de casa del encuadernador, ¿no os acompañaba y vigilaba un oficial de secretaría? ¿A pesar de esta vigilancia, no encontrásteis manera de comunicar otra vez la cartera á Michel? ¿Cuántas veces lo hicisteis?

Mosés.—Una vez, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿Y fuisteis voluntariamente á su casa, ó invitado por Michel?

Mosés.—Michel me vió ocho ó diez dias ántes, y me dijo que me agradecería fuese á su casa, por tener necesidad de ver el librito.

Michel.—Mi conciencia me obliga á decir que no lo sollicité.

Mosés.—No lo exigía, pero convengo en que se lo enseñé.

Michel.—¿Qué interés podía tener ya para hacer ir á mi casa á Mosés, cuando sabía que el librito del ejército de Alemania no iba ya á casa del encuadernador?

El señor Presidente.—Pero iba á vuestra casa á invitacion vuestra.

Michel.—Pero era con el objeto de saber los nombres de los oficiales generales, única cosa que de él extraía.

El señor Presidente.—Teniais grande interés en

ver el librito y no hubiérais seducido á Mosés si éste os fuera inútil. ¿No tuvisteis la osadía de variar en el cuadernito de Mosés la hora de la salida del mismo de casa del encuadernador, á fin de que no se conociese que se había detenido en el camino?

Michel.—No, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿No os hizo presente Mosés que podiais comprometerle?

Michel.—No recuerdo haber falsificado el cuadernito de Mosés, ni de haber variado la hora.

El señor Presidente.—¿No os acordais! ¿Y vos, Mosés?

Mosés.—Señor Presidente, hice presente á Michel que mi cuadernito señalaba las seis menos cuarto: no importa, me dijo, y señaló las siete menos cuarto.

El señor Presidente.—Hé aquí los propios términos de Mosés en su interrogatorio: «El cambió la hora de mi salida de casa del encuadernador, para volver á la oficina; yo le dije que esto podía comprometerme, y no le entregué mas el librito.» ¿Es cierto este extremo Mosés?

Mosés.—Sí, señor Presidente.

Interrogando luego á Salmon, dijo:

El señor Presidente.—Salmon: sois empleado en la seccion de guerra, division de revistas. ¿Cuánto tiempo hace que conoceis á Michel?

Salmon.—Tres años.

El señor Presidente.—¿No le entregásteis á principios de 1811 una nota de los regimientos de infantería del ejército de Alemania?

Salmon.—Sí, señor Presidente.

El señor Presidente.—¿Desde entonces no le habeis comunicado frecuentemente, es decir, cada quince dias, un cuaderno en el que anotábais las órdenes de marcha de las tropas del interior, y las épocas de llegada á su destino?

Salmon.—Es cierto; pero en aquellos estados solo resultaban los movimientos que se ejecutaban en el interior, y esto se verificaba algunas veces todos los meses.

El señor Presidente.—¿Cuánto tiempo dejábais el cuaderno en poder de Michel?

Salmon.—Desde el sábado hasta el lunes por la mañana; no le comunicaba los documentos, sino las notas.

El señor Presidente.—¿Qué hacía de estas notas?
Salmon.—Se enteraba de ellas, y me las devolvía ó las rompía.

El señor Presidente.—¿Le encargábais que os las devolviera ó las quemara?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿Por qué le hacíais este encargo?

Salmon.—Porque despues de servirse de ellas eran inútiles.

El señor Presidente.—En Setiembre, ¿no pusísteis en limpio una recapitulacion de las tropas francesas?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿No hicísteis y dísteis á Michel un resumen del tren de artillería por cuerpos?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—En Octubre, ¿no le entregásteis una copia del estado de todos los cuerpos segun la masa de vestuarios y divididos por armas?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—En Diciembre, ¿no os encargó Michel formar un estado del ejército de Alemania dividido entonces en dos cuerpos, llamados primero y segundo de observacion del Elba? ¿No hicísteis este estado con los originales de la organizacion de este ejército, ó al menos con las notas y borradores de este trabajo, notás que habeis reconocido provenir de la seccion de movimiento de las tropas?

Salmon.—Sí, señor, he dicho la verdad, y creía que esto podía servir á Michel para sus trabajos.

El señor Presidente.—¿No le hicísteis poco tiempo despues otro estado de la artillería?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿No redactásteis y copiásteis el cuaderno de la nueva organizacion del ejército de Alemania, dividido en cuatro cuerpos y al que llamaba Michel la *grande obra*?

Salmon.—Sí, señor, pero yo no la conocía con tal nombre.

El señor Presidente.—¿Con qué elementos lo formásteis? ¿Con los borradores que Saget extraía de la seccion del movimiento, ó con las copias que éste y Michel habian hecho?

Salmon.—Sí, señor, con estos documentos.

El señor Presidente.—No completásteis vos mismo este trabajo en cuanto á lo que no había podido decir Saget con relacion á las fuerzas de cada cuerpo?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—Explicad á los señores jurados los pormenores, ó más bien, yo los recordaré, y vos direis si la acusacion es cierta.—¿No contenía aquel trabajo el número de las divisiones de infantería y el de las reservas de caballería, los parques de ingenieros, artillería y equipajes, los nombres de los generales en jefe de cada cuerpo de ejército, de los de division y brigada, de los comandantes de equipajes, puentes y artillería, y la enumeracion de las fuerzas de cada cuerpo?

Salmon.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿No os pidió Michel una nota de las tropas que entraron de España? ¿Se la dísteis?

Salmon.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Qué cantidad recibísteis de Michel?

Salmon.—Unas veces me daba cuarenta francos, otras sesenta, y una ciento; y el sábado, cuando le llevaba mi trabajo, me daba siete francos ó cien sueldos, de modo que el total de lo recibido en varias partidas puede ascender á trescientos ó trescientos veinte francos.

Michel.—No mandé trabajar á Salmon sino por desidia ó pereza y para reintegrarme de este modo de una cantidad que me debía. Las fuerzas fueron creadas por mí y no arregladas segun documentos oficiales.

Salmon.—No se confunda este extremo: mi desidia fué pagada cuando el trabajo del primero y segundo cuerpo.

El señor Presidente.—Además, Salmon, habeis declarado que el dinero que recibísteis no fué á título de gratificacion por las notas que dabais, sino por las copias que hacíais.

Salmon.—Creo que Michel nunca lo habrá entendido de otro modo.

El señor Presidente.—Parte de vuestro trabajo lo hicísteis sobre las notas de vuestra seccion, pues pa-

rece que en las que se os hacian copiar no existian las fuerzas.

Salmon.—Señor Presidente, recordad lo que llevo dicho en el curso del proceso.

El señor Presidente.—Salmon: ¿cuál fué la causa de vuestra conducta, sin duda criminal, transmitiendo estas notas y extrayendo datos de borradores ó copias que sabíais provenian de la seccion del movimiento de las tropas y que no podian estar en poder de Saget y de Michel, sino por un abuso de su cargo?

Salmon.—Michel me dijo que estaba empleado en casa del señor Delpont, proveedor de los ejércitos, y no tuve inconveniente en proporcionarle aquellas notas para que le sirvieran en su trabajo: me dió cuatro varas de paño, y me ofreció una levita.

Despues del de Salmon, siguió el interrogatorio de Saget, diciendo:

El señor Presidente.—Saget: sois empleado de la oficina de movimiento de las tropas. ¿Hace mucho que conocéis á Michel? ¿Cuánto tiempo hace que existen relaciones íntimas entre los dos?

Saget.—Cinco meses.

El señor Presidente.—¿En este tiempo no le proporcionásteis el Estado Mayor general del ejército de Alemania?

Saget.—En Noviembre, si no me engaño, me pidió Michel algunas noticias, y yo se las dió insignificantes; los nombres de los cuerpos y otras notas fueron verbales. En cuanto al Estado Mayor de que me acusáis, no se lo dió completo, porque yo no lo he tenido.

El señor Presidente.—Esto, no obstante, le proporcionásteis cuanto dependía de vos sobre el particular; ved aquí lo que declara Michel:—«Estrechándome estos señores á que le proporcionase nota de los oficiales del ejército de Alemania, supliqué á Saget me diese el Estado Mayor general: así lo hizo remitiéndomelo en dos ó tres hojas escritas por su mano.»

Saget.—Si yo hubiera dado el Estado Mayor general completo, habría sido más voluminoso; la prueba de lo contrario es el haber dado las hojas indicadas en que no podía comprenderse todo.

El señor Presidente.—¿No os preguntó Michel al-

gunas veces el paradero de tal ó cual general ú oficial? ¿No le dísteis estas noticias parciales?

Saget.—Sí, señor, se las dió.

El señor Presidente.—¿No entregásteis vos mismo á Michel el original de la organizacion del ejército de Alemania, dividido al principio en dos cuerpos, y al fin en cuatro? ¿No le comunicásteis los borradores de este trabajo que sustrajísteis de la oficina?

Saget.—Señor, le diré lo que pasó: «Michel me dijo que sabía que se trabajaba entonces en la organizacion del ejército de Alemania, á lo que contesté que lejos de estar este trabajo á mi cargo, estaba empleado particularmente en el de otro ejército: las notas que yo pido no pueden comprometeros y podeis tener algunas del trabajo de los compañeros, me replicó; efectivamente suministré muchas de estas notas, Michel me las pidió especificadas; yo estaba sumamente ocupado en la oficina; así es que por lo comun iba muy temprano y salía el último, y áun muchos días nos hacian ir por las noches, y en vista de esto le dije á Michel que no podía encargarme del trabajo que me pedía y que extrañaba el interés que se tomaba en la adquisicion de las noticias; á esto me contestó que las notas las quería para el desempeño del señor Delpont en su cargo de proveedor de los ejércitos, y no era posible que remitiese las provisiones á tal cuerpo sin saber su número y la situacion y fuerza de las tropas, y que de lo contrario el señor Delpont haría gastos supérfluos que el gobierno tendría que indemnizarle. No pudiendo, pues, dedicarme al trabajo que me exigía, le prometí que le entregaría algunos borradores que sacaría de la cartera del Delacroill, mi compañero de mesa ó seccion, cuyo medio adopté dos veces solamente, pues en la otra le dió estados insignificantes.»

El señor Presidente.—De modo que quedabais en la oficina hasta despues de marcharse los empleados; registrabais, quedándoos solo, las carteras de vuestros compañeros, de las que extrayendo las notas que os acomodaba, la llevabais en el momento á Michel, quien desde el mismo instante principiaba, y seguía durante la noche, á copiarlas. Decidme, ¿no hicísteis vos mismo algunas copias?

Saget.—Sí, señor; muchas veces dió los borradores de que se me acusa, escritos por el señor Chap-

puis, segundo jefe de la seccion, y en los que no constaban las fuerzas.

El señor Presidente.—¿Qué importa que no constasen las fuerzas en los borradores? ¿No eran estos originales? No debiais comunicarlos. ¿No os estaba expresamente recomendado el sigilo aun bajo pena capital?

Saget.—Diré por qué me presté á ello. Michel, que había estado colocado en la seccion del movimiento, me decía que el trabajo era para el proveedor Delpont, de cuya mala fé no debía sospechar, y como compañero de oficina creí deber confiarle estas noticias. Tambien fui yo á pedir noticias á su oficina ó seccion, noticias que nunca negaron unos compañeros á otros.

El señor Presidente.—Ved cómo se explica Michel en su interrogatorio: «Saget me dió datos que sirvieron para el gran trabajo, y que principalmente consistian en el estado de los oficiales que componian el Estado Mayor de los primeros cuerpos de observacion del Elba, y la nomenclatura de estos cuerpos por regimientos y batallones, sin designacion de fuerzas; el total era sacado de los borradores de su seccion, que traía á mi casa por la tarde para volverlos al dia siguiente por la mañana.» ¿Cuántas veces aconteció esto?

Saget.—Solamente dos.

El señor Presidente.—En fin, ¿no entregásteis á Michel una nota completa acerca de la guardia imperial? ¿No sustrajisteis esta nota de la cartera del señor Delacroix?

Saget.—Nunca me pidió Michel noticia alguna sobre la guardia imperial, y si en el número de documentos á él remitidos se ha encontrado alguno que tengarelacion con la guardia, no tengo de él ninguna idea; el hecho es que Michel jamás pidió del estado de la guardia noticia alguna.

El señor Presidente.—Pero lo cierto es que entregásteis esta nota y que vuestro pretendido error ó indiferencia le fué útil; además, ved cómo se explica Michel sobre el particular: «En fin, la antevíspera de la partida del señor Czernicheff, Saget llevó á mi casa el borrador de la nota sobre la situacion general de la guardia, y yo pasé parte de la noche en copiarlo.»

Michel.—Es posible que Saget haya cometido este error: el hecho es que las fuerzas estaban en blanco; yo poseía una copia desordenada de la guardia, y la vispera de la marcha del señor Czernicheff saqué otra copia mas arreglada. Debo este hemenage á la verdad, antes que tratar de disculpar á Saget.

El señor Presidente.—Pero estamos en el mismo caso; os aprovechásteis de este supuesto error, y copiásteis de los borradores la nota sobre el estado de la guardia.

Michel.—Mas no lo entregué como resultaba en el original.

Saget.—Os suplico que observeis que ignoraba totalmente las relaciones del señor Michel con los agentes de Rusia.

El señor Presidente.—No os interrogo ahora sobre el particular.—Mosés, ¿visteis á Saget registrar la carpeta del señor Delacroix y sustraer de ella papeles?

Mosés.—Señor Presidente: el señor Saget registró una vez ó dos á lo mas, segun he sabido, y tomó los papeles de las carpetas de los señores Delacroix, Chappuis y Gerbet; yo le dije: señor Saget, ya sabeis que el señor Gerard no quiere que se lleven á casa los papeles de la oficina, á lo que me contestó, que era su trabajo, y que necesitaba alguna cosa para Michel, á lo que le repliqué que los volviese al dia siguiente, como lo hizo. Cuando los compañeros estaban agobiados de trabajo, llevaban á su casa parte de éste, y solo él lo podía hacer.

El señor Presidente.—Las declaraciones de vuestros jefes dicen lo contrario. ¿Por qué, segun debiais, no avisásteis al jefe de esta sustraccion de borradores?

Mosés.—Ya lo hice presente al señor Saget, que me contestó que los volvería al dia siguiente temprano, antes que acudiesen los compañeros á la oficina, en la que entraba él á las siete de la mañana ó antes.

El señor Presidente.—¿Sabiais que Saget favorecia los planes de Michel?

Mosés.—Ignoraba cuanto pasaba.

El señor Presidente.—Mas, segun parece, estábais en inteligencia con Saget para servir á Michel.

Mosés.—De ningun modo, señor Presidente; Michel me pidió ver el librito, é ignoro con qué objeto.

El señor Presidente.—Saget: ¿qué cantidades habéis recibido y cómo se os pagaba?

Mosés.—Unos trescientos cincuenta francos en partidas de diez, doce y quince, y hasta cien sueldos, y una vez me dió treinta sueldos; debo observar que he trabajado para Michel en cosas particulares, que no tienen relacion alguna con el negocio en cuestion, como las memorias para los veteranos, y diferentes cosas como éstas.

El señor Presidente.—Resulta, sin embargo, en el proceso, que se os ha pagado por meses, y que existía entre Michel y vos una inteligencia criminal para conocer los secretos de vuestra oficina.

Saget.—De ningun modo, señor; entre Michel y yo no había convenio alguno, y cuando yo le entregaba alguna cosa, me daba diez ó doce francos, pero nunca en calidad de sueldo.

El señor Presidente.—Vos no pudisteis ser pagado ni como copista ni como redactor, puesto que Salmon hizo todos los cuadros y estados, de modo que vos debisteis ser pagado únicamente por las revelaciones que haciais á Michel.

Saget.—Cuando hice á Michel la observacion de que entre compañeros no era regular admitir dinero, me dijo que no importaba, que quien me daba el dinero era el señor Delpont, y que sería para él un cargo de conciencia retener cantidad alguna: yo sé que vuestro sueldo es pequeño (1.600 francos) y no os comprometéis en recibir esta cantidad; así es que en pequeñas porciones he recibido unos 350 francos.

El señor Presidente.—¿Conociais el objeto y destino de las noticias que dabais á Michel?

Saget.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Conociais el perverso uso que hacia de ellas?

Saget.—Tampoco.

El señor Presidente.—¿Y vos, Salmon?

Salmon.—De ningun modo.

El señor Presidente.—Michel, explicadnos el modo como pudisteis engañar á vuestros compañeros.

Michel.—Les dije que todo estaba destinado á Delpont, cuya expresion me fué sugerida por el señor Krafft, y adopté el nombre de Delpont como podía haberlo hecho con otro cualquiera.

El señor Presidente.—¿Fué proveedor este Delpont?

Michel.—Debió serlo, yo no lo conocí en aquella época.

El señor Presidente.—¿Era proveedor en el tiempo que sostenias estas relaciones con Saget y Salmon?

Michel.—Lo ignoro.

El señor Presidente.—Parece que esta contestacion, es, por decirlo así, un subterfugio en que habiais convenido los tres.

Michel.—Ninguno de mis compañeros tuvo conocimiento de los motivos que me obligaba á sostener esta comunicacion.

El señor Presidente.—Saget, puesto que vos creiais que las notas se destinaban á un proveedor, ¿á qué tanto misterio, sospechas, temores é inquietudes como las que manifestábais con frecuencia?

Saget.—Debo observar que dije á Michel que no sabía para qué necesitaba Delpont las noticias para el envío de las provisiones, á lo que respondía siempre: no temais, las necesita para trasportar con mas facilidad sus remesas y evitar gastos inútiles de transporte que tal vez no le serian abonados por el gobierno. Tal era la contestacion de Michel; y por otra parte, el tono de seguridad con que hablaba y la confianza absoluta que yo tenía depositada en él, me hicieron acceder con facilidad á sus proposiciones.

El señor Presidente.—Sin embargo, debiais saber, como empleado de las oficinas de guerra, y lo sabiais ciertamente, que la administracion da á los proveedores las instrucciones que necesitan, y que éstos no tienen obligacion de pedir las á simples oficiales del ministerio, ni menos de ir á compulsarlas en las secciones de guerra.

Saget.—Yo no conocía aún á fondo la administracion de guerra, porque no estaba empleado en ella: Michel me decía que el señor Delpont le hacía trabajar, y que le había encargado le proporcionase noticias del ministerio de la Guerra, y yo creí poder darlas á un compañero.

El señor Presidente.—¿Y los proveedores necesitan acaso conocer el número y nombres de los oficiales que ocupan el Estado Mayor de los ejércitos?

Saget.—Esto, decía, es para hacer un regalo á un general en jefe, á un coronel, etc., á fin de facilitar sus provisiones; hé aquí con corta diferencia lo que me decía y que yo creía de buena fé.

El señor Presidente.—Escuchad lo que declaró Michel en 1.º de Marzo de 1810: «No he tenido un momento de tranquilidad desde que he cometido la primera falta prestándome á los servicios que de mí exigía el señor Czernicheff; el arrepentimiento, los resentimientos y el insoportable orgullo de este hombre me atormentaban sin cesar; algunas veces nos comunicábamos nuestros recelos Saget y yo; aquel podía tener alguna indiscrecion y temíamos las consecuencias; yo conozco toda la extension de mi falta y no solo hoy dia.»

Michel.—Yo no he nombrado á Saget; es un error que ha cometido el escribiente del actuario; tuve la desgracia de firmar dos veces sin que me leyera las declaraciones; cuando el señor Bourgaugnon me interrogó, dije que no era á Saget á quien comunicaba mis recelos, sino á Juan Wustinger.

Saget.—Jamás me manifestó, ni recelos ni temor.

El señor Presidente.—¿Es decir, que no hablasteis á Saget, y sí á Juan Wustinger?

Michel.—Sí, señor.

El señor Presidente.—Oid vuestra declaracion de 9 de Marzo: «Despues de cerca de cuatro ó cinco meses reiteró sus peticiones, me atormentó mas la embajada rusa; le entregué los objetos de que hablan mis anteriores declaraciones, así como resulta ó debe resultar de la declaracion de mis compañeros que me ayudaron á ello.» En la primera declaracion nombráis dos veces á Saget, y en la segunda habláis de vuestros compañeros que os ayudaron. En fin, Juan Wustinger ha sostenido y sostendrá que no conoció nunca la naturaleza y objeto de vuestras relaciones con los agentes rusos.

Michel.—Mi conciencia me obliga á descargar á Saget de este hecho; si declaré su nombre, fué por error; he dicho la verdad y la diré siempre. (Se suspende la sesion por un cuarto de hora.)

El señor fiscal, á Saget.—Saget; ¿la antevispera de la partida del señor Czernicheff, no llevásteis á casa de Michel el borrador de la nota sobre la guardia imperial?

Saget.—Llevé borradores, pero sin saber si contenian la nueva organizacion de la guardia.

El señor fiscal.—¿De dónde tomásteis aquellos borradores?

Saget.—De la carpeta del señor Delacroix.

El señor fiscal.—¿Y los tomásteis sin saber qué papeles eran?

Saget.—Como sabía que Delacroix trabajaba para el ejército de Alemania, tomé los borradores de su cartera, sin saber su número ni lo que contenian.

El señor fiscal.—Es muy raro que tomásteis estos borradores sin saber su número ni el objeto á qué podian referirse; sin embargo de todo esto, Michel tiene declarado que os había pedido precisamente esta nota de la guardia: os leeré su declaracion sobre el particular.

Michel.—Mi declaracion es sincera.

El señor fiscal.—Hé aquí la declaracion de Michel: «Pocos dias despues fué á mi casa el señor Czernicheff, y me dijo que había visto aquel mismo dia al emperador, y que iba á salir al siguiente para San Petersburgo de órden de S. M. Me pidió para el dia inmediato una nota sobre la situacion general de la guardia imperial, que me había pedido algun tiempo antes. Saget, á quien yo había pedido este trabajo, lo hizo en muchos borradores ú hojas, comprendiendo todos los cuerpos de la guardia.» En la época de esta contestacion aún no se sabía que Saget hubiese registrado las carteras de sus compañeros, y de resultas de haberse explicado despues sobre el particular, completó su contestacion Michel, diciendo: «La antevispera de la salida del señor Czernicheff llevé Saget á mi casa el borrador de la situacion de la guardia imperial, y pasé parte de la noche en copiarlos.» De modo que Saget sabía perfectamente, y no podía ignorar que se refería á la guardia lo que sustraía de la cartera del señor Delacroix, puesto que no verificaba esta sustraccion sino despues de haberle pedido con especialidad la situacion de dicha guardia, para entregarla al dia siguiente al señor Czernicheff.

Saget.—Señor Presidente, pido que se me deje explicar. Cuando entregué este trabajo era la segunda vez que sustraía borradores de las carteras, y al darlos creía entregar el del ejército de Alemania, y de ningun modo pensé que fuese la situacion de la guardia. Esto es, señor, lo que tengo que responder; por otra parte, Michel nunca me pidió terminantemente esta nota.

El señor fiscal, á Michel.—Habeis dicho antes que

leyese vuestra declaracion, que ésta era sincera: en ella habeis declarado que pedisteis á Saget la situacion de la guardia imperial, despues que os manifestó el señor Czernicheff el deseo de tenerla la antevispera de marcharse. Repetid si esto es cierto.

Michel.—Sí, señor; he dicho francamente lo que ocurrió.

El señor fiscal.—Segun esto, Saget, es imposible que hayais ignorado lo que contenian aquellos documentos.

Saget.—Aseguro que Michel no me los pidió nunca claramente; no niego haberlos llevado, pero en la persuasion de que se referian al ejército de Alemania.

El señor fiscal.—En ese caso os hallais en contradiccion con Michel.

Pasando luego al exámen de testigos, se interroga primero al señor Wustinger.

El señor Presidente.—Decid vuestro nombre, edad, ocupacion y cuanto sepais sobre las inteligencias de Michel con los agentes rusos.

Wustinger.—Me llamo Juan Wustinger, tengo 37 años; soy conserje del palacio de Thelussou; hace ocho ó nueve años que conozco á Michel, y no á los otros acusados. Le vi dos ó tres veces en casa del señor Oubril y dejé de verle por espacio de tres ó cuatro años. La segunda vez que volvió á París el señor Oubril, le escribí una carta para hablarle, cuya carta le llevé yo mismo á su casa, y no sé si accedió á la invitacion. Otra vez se pasaron dos ó tres años sin que yo viera á Michel, en cuya época vino á París otro embajador, y este señor preguntó por el señor Michel. Le llevé una carta y vino á verle. Cuando el señor conde de Nesselrode estaba en París, encargó al señor Krafft la misma comision; este señor me dijo que tenía que llevar cartas á Michel de parte del embajador, me envió con ellas á su casa, y algunas veces volví con la contestacion. Llegó despues á París el señor Czernicheff, y me dijo qua deseaba hablarle. Fué en efecto, y entablaron relaciones. Quince dias antes de que marchase el Czernicheff envió una carta al señor Michel, é ignoro el resto de la confidencia; parece que estuvo en persona, ó que si no lo hizo, mandó á su criado.

El señor Presidente.—¿Teneis que añadir alguna otra circunstancia?

Wustinger.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Erais vos el intermediario entre los agentes rusos y Michel?

Wustinger.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿Habeis sido siempre el encargado de llevar los despachos respectivos?

Wustinger.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿Estábais iniciado en la confidencia?

Wustinger.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Qué tiempo hace que conocéis á Michel?

Wustinger.—Hace ocho ó nueve años que le vi por primera vez, sin conocerle.

El señor Presidente.—¿De qué modo le conocisteis?

Wustinger.—El señor Oubril me encargó que le llevase una carta, y esta fué la primera vez que supe su nombre.

El señor Presidente.—¿No le conocías antes?

Wustinger.—No, señor.

El señor Presidente.—¿Subisteis á su casa solo por los despachos que le llevábais?

Wustinger.—Sí, señor.

El señor Presidente.—¿No le encontrásteis nunca en las Tullerías ó ne algun paseo?

Wustinger.—No, señor; no lo recuerdo.

El señor Presidente.—Decís que hacía mucho tiempo que conocíais á Michel. ¿Acaso lo presentásteis vos mismo á los diferentes agentes de Rusia?

Wustinger.—No, señor.

El señor Presidente.—¿No os dijo Michel que lo que hacía era de poca importancia?

Wustinger.—A veces decia que no valía nada, que eran cosas muy comunes, que los embajadores estaban pagados para ello, y que si él no lo hacía lo haría otro.

El señor Presidente.—¿Y no os explicó las cosas que él llamaba comunes?

Wustinger.—Nunca supe qué cosas eran; me repetía que eran cosas sencillas.

El señor Presidente.—Cuando supo la prision de Sajon, criado de Czernicheff, ¿no os pareció que se había asustado?

Wustinger.—Sí, señor; entonces lo vi como receloso.